

## INICIACIÓN A LA POESÍA. EL MUNDO POÉTICO DE GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER<sup>68</sup>

Pedro Torres Curiel

Quiero agradecer al Área de Cultura de la Diputación de Sevilla, así como al Ayuntamiento de Espartinas y a su Concejalía de Cultura, la oportunidad que me ofrecen de estar hoy aquí, delante de todos vosotros, formando parte de este discreto homenaje al gran día que se celebra mañana, 23 de abril, Día Internacional del Libro. La cultura española tiene mucho que ver con esta celebración internacional y con la elección de esa fecha, pues también mañana se cumplirá el aniversario de la muerte de nuestro más importante escritor, don Miguel de Cervantes, acaecida el 23 de abril de 1616. Y si Cervantes tiene mucho que ver con la fijación de un día preciso para que en todo el mundo se rinda homenaje al libro como al más decisivo vehículo para la transmisión del conocimiento, también tiene mucho que ver con Sevilla, donde comenzó a perfilarse la creación de su inmortal novela, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, y donde también nació para la vida y la literatura el poeta del que hoy vamos a hablar.

Las relaciones de Sevilla con la poesía vienen de muy lejos. No me voy a referir a la Sevilla árabe del rey poeta Al-Mutamid, ni siquiera a la prerrenacentista del sevillano de adopción Micer Francisco Imperial, allá en los albores del siglo XV. Bástenos recordar a los poetas sevillanos de nuestro Siglo de Oro, una pléyade de artistas de la valía y calidad de Gutierre de Cetina, Fernando de Herrera, Juan de Arguijo, Rodrigo Caro o Andrés Fernández de Andrada, por citar sólo a algunos, para subrayar esa alianza de Sevilla con la poesía que, en tiempos ya contemporáneos, continuará con Gustavo Adolfo Bécquer, Antonio Machado o Luis Cernuda su larga y prestigiosa tradición.

Creo que fue Stendhal, el novelista francés del siglo XIX autor de las célebres *Rojo y negro* y *La cartuja de Parma*, quien afirmó que un hombre no es más que el resultado de lo que las leyes han metido en su cabeza y el clima ha puesto en su corazón, o lo que es lo mismo, que en buena medida las circunstancias históricas y geográficas mediatizan nuestra vida; y, si esto es cierto, habrá que concluir que ciertos aspectos de nuestra geografía, como el propio clima, la naturaleza de la luz, la transparencia del aire en determinadas mañanas, la tibieza de la temperatura o la dulzura de ciertas estaciones, así como el curso que la historia trazó en nuestras calles y plazas y grabó en rincones y monumentos, algo tendrán que ver con esta larga progenie de poetas hijos de la ciudad. Sevilla es una ciudad hermosa, y donde el vivir puede transcurrir en apacible beatitud; es por ello por lo que nada puede extrañarnos que sea fecunda en poetas, porque la poesía, como todas las artes -la música, la pintura, la danza- es hija y servidora de la Belleza.

Justamente por eso es por lo que no puede dejarse de ver sin preocupación,

---

<sup>68</sup> El presente ensayo constituye el texto de una conferencia pronunciada en la Casa de las Monjas (Espartinas) el 22 de abril de 2008, con motivo de los actos de celebración del Día Internacional del Libro.

en el horizonte de la juventud que vosotros representáis aquí, un significativo distanciamiento de la poesía. Es como si una enorme zanja se hubiera abierto y amenazara con abrirse aún más. En mi experiencia como profesor de Literatura, observo un sentimiento que yo llamaría de extrañamiento, y me pregunto a menudo cuál puede ser la causa, siendo poesía y juventud aliados naturales, pues el lenguaje de la poesía es el de las emociones y los sentimientos, y en ninguna otra edad como en la adolescencia y la primera juventud éstos forman parte tan esencial de la vida y de esa tarea absorbente de descubrir los entresijos afectivos de los que estamos hechos, nosotros y el mundo que nos rodea. La exploración del sentimiento, la evocación de una emoción hondamente vivida constituyen parte de la poesía, y son al mismo tiempo algo esencial en la experiencia de un joven.

Tal vez el extrañamiento del que hablo se deba a un equívoco fundamental acerca de la dinámica de la comprensión poética, propiciado por una lamentable confusión. Habitados a la inmediatez y la contundencia del mundo de las imágenes en que vivimos, quizás muchos de vosotros, que os acercáis por primera vez al mundo de la literatura, al universo de la letra escrita, esperáis esa misma rapidez, también idéntica volatilidad, en el poema. Pero el tiempo de la literatura, que es el tiempo de la lectura, resulta mucho más lento que el discurrir de las imágenes, a una velocidad de 36 fotogramas por segundo en el celuloide, según creo. Exige de nosotros la paciencia con que se forjan los caracteres templados, porque nada de lo que merece la pena conocer o sentir desde la expresión poética puede ser aprendido sin esa voluntad de observación que favorece la reflexión, ni puede ser gozado sin ese deseo de inmersión en el lento y sinuoso discurrir de las palabras. La palabra huye de la vorágine alocada con que la mayoría de las veces las imágenes balbucean apenas, e incluso concluyen en no decirnos ya nada. El pensador francés Fumaroli nos habla de ese espectador para quien ver la televisión “equivale a sumergirse, con gesto fácil, en las aguas tranquilas, cálidas y brillantemente iluminadas de una piscina de imágenes (...) Ese baño polinesio de la conciencia –continúa Fumaroli–, hipnótico pero desprovisto de la visita de los sueños, rehace el mundo, (...) un mundo siempre repintado como nuevo, (...) miniaturizado, fácilmente abarcable por la mirada, que devora ávidamente el asesinato, los desastres y el amor mismo, fuera de todo peligro, de todo esfuerzo, de toda salida de sí, sin apetito”.

Podemos hacer una prueba... ¿Quién de nosotros recuerda el último anuncio de la televisión que ha visto? Porque todos habremos visto alguno que sea el último. ¿Quién lo recuerda? Esas imágenes se han volatilizado sin dejar ninguna huella en nuestra memoria. No exigieron posiblemente nada de nuestra inteligencia, ni de nuestra capacidad de observación, tal vez ni siquiera de nuestra sensibilidad, y tan pronto como llegaron y fueron vistas como quien nada ve, se esfumaron. Este, desde luego, no es el tiempo de la poesía.

Creo que para salvar ese inicial extrañamiento de la poesía que observo a menudo entre los jóvenes no existe mejor antídoto que la lectura de las *Rimas* de Bécquer, probablemente el poeta más cercano que puede encontrar un adolescente. Y a conocerlo a él y a su mundo poético vamos a dedicar los próximos minutos, con la intención de facilitar y propiciar esa tarea.

Y empecemos por decir que la vida de Gustavo Adolfo Bécquer se desarrolla entre 1836 y 1870. Coincide, por tanto, casi con total exactitud, con el periodo isabelino, esto es, con el momento histórico que comprende la minoría de edad de la futura reina Isabel II (1833-1843) –por cierto, tatarabuela de nuestro actual monarca,

Juan Carlos I- y los años de de su reinado efectivo (1844-1868).

Al periodo isabelino corresponden la implantación de un régimen liberal y el fin del Romanticismo de raíz revolucionaria, cuyas características más significativas habían sido la influencia francesa, el tono exaltado y la fuerte carga social y política que contenía como medio de protesta ante las injusticias del absolutismo en el Antiguo Régimen. Durante el reinado efectivo de Isabel II, por los años 50 del siglo, y coincidiendo con la llegada del joven Gustavo Adolfo a Madrid, alcanza el poder la política moderada e incluso regresiva de Narváez y O'Donell, es decir, se produce el triunfo de la ideología más conservadora de la burguesía, que ve amenazadas sus conquistas por la insatisfacción y la paulatina proletarización del campesinado y las clases populares urbanas.

A este momento corresponde también el segundo Romanticismo, que pudiéramos denominar “moderado”, y que se ajusta por tanto claramente al significado histórico del periodo. La influencia francesa es sustituida por la alemana, y, junto a ella, habría que señalar como sus rasgos distintivos el gusto por el sentimentalismo, la tendencia hacia lo medieval o el intento de creación de una lengua menos elaborada y más próxima a la sencillez expresiva. Y es ahí, en ese tono intimista, donde vamos a encontrar la poesía de Gustavo Adolfo Bécquer.

De los treinta y cuatro años que Bécquer vivió, los dieciocho primeros transcurrieron en Sevilla, donde aprendió no sólo a amar y practicar las artes, especialmente la música, la literatura y la pintura —ésta por tradición familiar, no en balde tanto su padre y su tío, José y Joaquín Domínguez Bécquer respectivamente, como su propio hermano Valeriano, eran pintores—, sino también a soñar. La ensoñación parece ser el estado natural de su espíritu, y así nos lo deja entrever en multitud de ocasiones; por ejemplo, en la carta tercera *Desde mi celda* escribe:

“En Sevilla, y en la margen del Guadalquivir que conduce al convento de San Jerónimo, hay cerca del agua una especie de remanso que fertiliza un valle en miniatura formado por el corte natural de la ribera (...) Dos o tres álamos blancos, corpulentos y frondosos, entretejiendo sus copas, defienden aquel sitio de los rayos del sol, que rara vez logra deslizarse entre las ramas (...) Un sauce baña sus raíces en la corriente del río hacia el que se inclina como agobiado de un peso invisible (...) Cuando yo tenía catorce o quince años y mi alma estaba henchida de deseos sin nombre, de pensamientos puros (...); cuando yo me juzgaba poeta, cuando mi imaginación estaba llena de esas risueñas fábulas del mundo clásico (...), ¡cuántos días, absorto en mi contemplación de mis sueños de niño, fui a sentarme en esa ribera, y allí, donde los álamos me protegían con su sombra, daba rienda suelta a mis pensamientos, y forjaba una de esas historias imposibles (...) Yo soñaba entonces una vida independiente y dichosa, semejante a la del pájaro que nace para cantar y Dios le procura de comer; soñaba esa vida tranquila del poeta que irradia con suave luz de una en otra generación; soñaba que la ciudad que me vio nacer se enorgulleciese con mi nombre, añadiéndolo al brillante catálogo de sus ilustres hijos, y cuando la muerte pusiese un término a mi existencia, me colocaran para dormir el sueño de oro de la inmortalidad a la orilla del Betis, al que yo habría cantado en odas magníficas, y en aquel punto adonde iba tantas veces a

oír el suave murmullo de sus ondas.”

Algunos, como su paisano, el poeta Luis Cernuda, al referirse a esa tendencia natural de Bécquer a perderse entre las brumas de sus propios sueños, y que deja su rastro de niebla en las *Rimas* y en tantos otros de sus textos, hablan de la línea nórdica de su poesía. Verdaderamente el nombre civil de nuestro poeta era el de Gustavo Adolfo Claudio Domínguez Bastida, pero ya desde muy joven lo acortó en un Gustavo Adolfo nórdico y eligió -como su padre, su tío y su hermano- el lejano apellido de los Becker, con grafía k, perteneciente a la familia de comerciantes flamencos de la que todos provenían, afincada en Sevilla a finales del siglo XVI, y con capilla en la propia catedral metropolitana. De modo que un mundo remoto y exótico, levemente emparentado con brumas nórdicas y acentos germánicos, parece conferir a Bécquer esa sensibilidad distinta y esa propensión a un vivir introvertido, absorto, ensimismado, que sus amigos de Madrid, cuando el poeta se instala en la capital a partir de sus dieciocho años, no dejan de advertir.

Es célebre la anécdota que relata Ramón Rodríguez Correa a propósito de cómo perdió el poeta su empleo en la Dirección de Bienes Nacionales, un empleo de oficinista ajeno por completo a su carácter, soñador y creativo: “Gustavo –nos dice Rodríguez Correa-, entre minuta y minuta que copiaba, o bien leía alguna escena de Shakespeare, o bien la dibujaba con su pluma, y, en el momento en que el Director entró en su negociado, hallábase él entregado a sus lucubraciones.” El jefe se le acerca y le pregunta que qué hace, pero él, distraído, sigue a lo suyo. “¡Aquí tiene usted uno que sobral!, exclamó el Director. Efectivamente; Gustavo fue declarado cesante ese mismo día.”

El poeta Jorge Guillén, en su magnífico estudio sobre la poesía de Bécquer titulado significativamente “Bécquer o lo inefable soñado”, advierte de esta conexión entre el poeta sevillano y la literatura alemana: “Los predecesores de Bécquer son, sin duda, aquellos poetas que en Alemania, desde fines del siglo XVIII, proclaman el valor primordial de los sueños. Y no porque la filosofía idealista se atreva a considerar equivalentes mundo soñado y mundo real (...) Ante todo, importa la grave conexión que existe entre el alma, cuando sueña, y el orbe más consistente: el espiritual.” Y cita a poetas como Novalis, Hölderlin o Tieck como avalistas de este puente que el sueño tiende hacia el mundo del espíritu, y que puede sintetizarse en la afirmación de Charles Nodier de que “el ensueño es no sólo el más poderoso estado del pensamiento, sino el más lúcido.”

De ese mundo poblado de seres fantásticos, alimentados por la ensoñación y el sueño, nos habla Bécquer en el texto que viene sirviendo de prólogo a sus *Rimas*, y bajo cuyo título de “Introducción sinfónica” expone sus relaciones con la poesía y su propio mundo interior. Podemos recordar, por ejemplo, las primera líneas, cuando dice: “Por los tenebrosos rincones de mi cerebro, acurrucados y desnudos, duermen los extravagantes hijos de mi fantasía, esperando en silencio que el arte los vista de la palabra para poderse presentar decentes en la escena del mundo”. Y más adelante afirma: “Me cuesta trabajo saber qué cosas he soñado y cuáles me han sucedido”. Esa especie de trance visionario del que más tarde hablaremos, en que se pierde el contorno preciso de la realidad de los objetos y el mundo físico tiende a diluirse, mientras todo tipo de sensaciones se apoderan de nuestro espíritu, es el que describe en algunas de sus rimas, como en la X:

Los invisibles átomos del aire  
en derredor palpitan y se inflaman,  
el cielo se deshace en rayos de oro,

la tierra se estremece alborozada.  
Oigo flotando en olas de armonías  
rumor de besos y batir de alas;  
mis párpados se cierra... ¿Qué sucede?  
-¡Es el amor que pasa!

No obstante, los sueños no hacen a un poeta, sino a un ser contemplativo, todo lo más, que habrá de sacar partido a esas cualidades para después plasmar su experiencia artísticamente en una forma bella. Bécquer poseía ese temperamento visionario, tendente siempre a la ensoñación (“sombrió hasta la grosería, soñando despierto”, llegará a decir Eusebio Blasco en su semblanza del poeta), pero es su conciencia luminosa, su lucidez de poeta, la que da consistencia a su mundo poético, en el que brilla una idea muy clara de en qué consiste la poesía y el esfuerzo de ser poeta. Detrás de ese mundo, lleno de sueños y de formas caprichosas de la fantasía, sosteniéndolo, se encuentra toda una concepción coherente de la experiencia y la expresión poéticas, que vamos ahora a tratar de poner de relieve.

El mundo poético de Bécquer se sustenta en cuatro elementos, que son los fundamentos de su visión y concepción de la creación poética: el primero, la propia Poesía, qué es, en qué consiste, dónde encontrarla; el segundo, el Poeta, quién lo es, cómo se forja; el tercero es el Poema, cuáles son sus posibilidades, sus límites, sus aliados y sus enemigos; finalmente, el Lector, qué se debe solicitar de él, en qué consiste su papel para que se produzca la transmisión de la experiencia poética. Estos cuatro elementos –Poesía, Poeta, Poema y Lector- suponen a su vez una lenta travesía, un viaje sinuoso que contiene, por así decirlo, tres etapas: la primera, de la Poesía al Poeta; la segunda, del Poeta al Poema; la tercera y final, del Poema al Lector. Tratemos ahora de analizar esos elementos y desbrozar sus caminos.

Del primero de ellos, la Poesía, algo sabemos ya por el poema recientemente leído. Sabemos que algo tiene que ver con el amor, capaz cuando pasa, cuando se acerca a nosotros, cuando está presente, de inflamar el aire, embellecer la naturaleza, poner en los oídos de quienes están a atentos a su llegada “olas de armonías”, “rumor de besos”, “batir de alas”. El amor embellece el mundo y la vida, y todo cuanto afecta a este poder seductor e imbatible de la belleza hunde sus raíces en el árbol frondoso de la Poesía. Pero Bécquer también nos dice más adelante, en su Rima XXI:

¿Qué es poesía?, dices mientras clavas  
en mi pupila tu pupila azul.  
¡Qué es poesía! ¿Y tú me lo preguntas?  
Poesía... eres tú.

En buena medida, las *Cartas literarias a una mujer*, que Bécquer publicó en *El Contemporáneo* entre diciembre de 1860 y abril de 1861, son un intento de justificación de su respuesta, en este poema. “Poesía eres tú –dice en la primera de las cuatro cartas- porque la poesía es el sentimiento y el sentimiento es la mujer. La poesía eres tú, porque esa vaga aspiración a lo bello que la caracteriza y que es una facultad de la inteligencia en el hombre, en ti [mujer] pudiera decirse que es un instinto (...) En la mujer, la poesía está como encarnada en su ser; su aspiración, sus presentimientos, sus pasiones y su destino son poesía (...); es, en una palabra, el verbo poético hecho carne.” De este modo, en Bécquer, llegamos a la conclusión de que Poesía, Amor y Mujer son prácticamente sinónimos.

Hay, sin embargo, otros ámbitos en los que la poesía también vive y allí puede ir el poeta a buscarla, lo mismo que en el propio sentimiento, en el amor y en la mujer. La rima IV nos habla de ello y de la eternidad de la poesía, que no depende de los poetas para su supervivencia, porque ella, como la belleza, tiene existencia propia, independiente y plena. En la naturaleza, en el misterio, en aquello que escapa a nuestra capacidad de comprensión, que se sitúa más allá de nuestra razón y exige un acto de fe en la belleza del mundo, respira la poesía y alienta con sus alas nuestra irrenunciable propensión a soñar. Así nos lo dice en esta rima:

No digáis que agotado su tesoro,  
de asuntos falta, enmudeció la lira;  
podrá no haber poetas, pero siempre  
habrá poesía.

Mientras las ondas de la luz al beso  
palpiten encendidas,  
mientras el sol las desgarradas nubes  
de fuego y oro vista,  
mientras el aire en su regazo lleve  
perfumes y armonías,  
mientras haya en el mundo primavera,  
¡habrá poesía!

Mientras la ciencia a descubrir no alcance  
las fuentes de la vida,  
y en el mar o en el cielo haya un abismo  
que al cálculo resista,  
mientras la humanidad siempre avanzando  
no sepa a do camina,  
mientras haya un misterio para el hombre,  
¡habrá poesía!

Mientras se sienta que se ríe el alma  
sin que los labios rían,  
mientras se lllore sin que el llanto acuda  
a nublar la pupila,  
mientras el corazón y la cabeza  
batallando prosigan,  
mientras haya esperanzas y recuerdos,  
¡habrá poesía!

Mientras haya unos ojos que reflejen  
los ojos que los miran,  
mientras responda el labio suspirando  
al labio que suspira,  
mientras sentirse puedan en un beso  
dos alma confundidas,  
mientras exista una mujer hermosa,  
¡habrá poesía!

Resumiendo, pues, lo que el poeta nos trasmite en las estrofas segunda a quinta y prestando algo de atención a lo que en cada una de ellas nos dice, concluiremos que en la belleza de la naturaleza (estrofa segunda), en el misterio del universo (estrofa tercera), en nuestro propio mundo interior (estrofa cuarta) y en la comunicación amorosa (estrofa quinta y última), hallaremos respectivamente cuatro fuentes distintas de la poesía.

Para concluir la primera etapa de ese viaje al que antes aludíamos y que finaliza en el Lector, hablaremos ahora del segundo de los elementos a partir de los cuales se configura el mundo poético becqueriano, el Poeta. ¿Quién lo es? ¿Qué lo caracteriza? El mismo Bécquer nos lo explica en la segunda de las *Cartas literarias a una mujer*: “Todo el mundo siente –nos dice en ella-. Sólo a algunos seres les es dado el guardar, como un tesoro, la memoria viva de lo que han sentido. Yo creo que éstos son los poetas. Es más, creo que únicamente por esto lo son”.

Lo que el poeta guarda en su memoria son sensaciones vividas a partir de lo que bien pudiéramos llamar estados de intensa percepción, y que Jorge Guillén prefiere denominar “especie de profano éxtasis estético”. En ningún otro lugar como en la III carta *Desde mi celda*, explica Bécquer con tanta claridad esos momentos de intensidad especial en la percepción de un instante mágico y su proceso de archivo en la memoria. Son unas líneas que conviene citar. El poeta pasea por los alrededores del monasterio de Veruela, cerca de las estribaciones del Moncayo, cuando un humilde cementerio de aldea llama su atención, y en él se introduce. La soledad del lugar, la brisa que agita suavemente la hierba, el silencio de la naturaleza, el perfume de las flores silvestres próximas, invaden poco a poco su espíritu. Entonces declara:

“Después que hube abarcado con una mirada el conjunto de aquel cuadro, imposible de reproducir con frases siempre descoloridas y pobres, me senté en un pedrusco, lleno de esa emoción sin ideas que experimentamos siempre que una cosa cualquiera nos impresiona profundamente y parece que nos sobrecoge por su novedad o su hermosura. En esos instantes rapidísimos en que la sensación fecunda a la inteligencia y allá en el fondo del cerebro tiene lugar la misteriosa concepción de los pensamientos que han de surgir algún día evocados por la memoria, nada se piensa, nada se razona; los sentidos todos parecen ocupados en recibir y guardar la impresión que analizarán más tarde. Sintiendo aún las vibraciones de esta primera sacudida del alma que la sumerge en un agradable sopor, estuve, pues, un largo espacio de tiempo hasta que gradualmente comenzaron a extinguirse...”

Se trata, por tanto, de un proceso que se inicia al contacto con algo especialmente hermoso proveniente del mundo exterior y, bajo la forma de una impresión profunda, produce una sensación que nos sobrecoge, una emoción que se presenta ante nuestra sensibilidad desnuda de toda idea y desprovista de cualquier tipo de razón o discurso. Sólo tiende a ocupar plenamente nuestro ánimo, y nos invita a abandonarnos, a entregarnos y sumergirnos en ella. Es el néctar que habrá de encontrar el camino hasta la colmena de nuestra memoria, donde unido a otras experiencias, provenientes de otras sensaciones, y en maridaje con la fantasía, laborará la miel del futuro poema. Pero es también la misma materia de la que están hechos los sueños que se viven dormido y las ensoñaciones que se urden despierto, esas que se arremolinan en la imaginación del poeta y de las que el mismo Bécquer nos dice que esperan una forma que las constituya para presentarse en la escena del

mundo. Ahora bien, si el poeta es ese hombre capaz de recordar lo que ha sentido y ponerlo en juego en el momento de la creación poética, lo es también porque, según nos dice Bécquer, no se puede sentir y escribir al mismo tiempo: “Cuando siento no escribo –nos confiesa en la segunda de las *Cartas literarias a una mujer*-. Guardo, sí, en mi cerebro escritas, como en un libro misterioso, las impresiones que han dejado en él su huella al pasar; estas ligeras y ardientes hijas de la sensación duermen allí agrupadas en el fondo de mi memoria, hasta el instante en que, puro, tranquilo, sereno y revestido, por decirlo así, de un poder sobrenatural, mi espíritu las evoca, y tienden sus alas transparentes que bullen con un zumbido extraño...”

Emprendemos entonces la segunda etapa de la travesía. Esta segunda etapa transcurre entre el Poeta, primer receptor contemplativo de la Poesía, que ha fecundado a través de la sensación su conciencia poética, y el Poema, objetivación en palabras y forma de aquella experiencia de la que hablábamos hace un momento, reelaborada a través del tiempo y la fantasía en su memoria. El acto de la creación poética para Bécquer tiene entonces, al menos, dos momentos distintos: primero la percepción, ese estado de dulce sopor que arrebató al poeta y lo sumerge en la contemplación de algo hermoso; después la redacción, el instante de la dura batalla por la expresión. Inspiración y razón llamará Bécquer en la rima III a estos dos momentos de la creación poética, como vamos a ver en estos fragmentos:

Sacudimiento extraño  
que agita las ideas  
como huracán que empuja  
las olas en tropel.

Murmullo que en el alma  
se eleva y va creciendo  
como volcán que sordo  
anuncia que va a arder. (...)

Ideas sin palabras,  
palabras sin sentido,  
cadencias que no tienen  
ni ritmo ni compás. (...)

Locura que el espíritu  
exalta y desfallece;  
embriaguez divina  
del genio creador.

Tal es la inspiración.

Gigante voz que el caos  
ordena en el cerebro  
y ante las sombras hace  
la luz aparecer.  
Brillante rienda de oro  
que poderosa enfrena



de la exaltada mente  
el volador corcel. (...)

Inteligente mano  
que en un collar de perlas  
consigue las indóciles  
palabras reunir. (...)

Cinzel que el bloque muerde  
la estatua modelando,  
y la belleza plástica  
añade a la ideal.

Tal es nuestra razón.

Con ambas siempre en lucha  
y de ambas vencedor,  
tan sólo al genio es dado  
a un yugo atar las dos.

El problema de la expresión en Bécquer es crucial para el entendimiento de todo su mundo poético. ¿Hasta qué punto el lenguaje, la palabra, es un fiel transmisor de las ideas, las criaturas que ha forjado la fantasía en nuestro mundo interior? Bécquer lo tiene muy claro: es imposible apresar en el círculo de hierro de las palabras lo que de por sí es inefable como un sueño. “Ay –nos dice en la Introducción sinfónica a las *Rimas*-, que entre el mundo de la idea y el de la forma existe un abismo que sólo puede salvar la palabra; y la palabra tímida y perezosa se niega a secundar sus esfuerzos”. Y más adelante: “Yo quisiera forjar para cada uno de vosotros [los rebeldes hijos de la imaginación] una maravillosa estrofa tejida de frases exquisitas, en las que os pudierais envolver con orgullo, como en un manto de púrpura. Yo quisiera poder cincelar la forma que ha de conteneros, como se cincela el vaso de oro que ha de guardar un preciado perfume. ¡Mas es imposible!”.

En las *Cartas literarias a una mujer*, vuelve a insistir en esta insuficiencia del lenguaje para transmitir con fidelidad la riqueza del mundo interior: “Si tú supieras cómo las ideas más grandes se empequeñecen al encerrarse en el círculo de hierro de la palabra; si tú supieras qué diáfanas, qué ligeras, qué impalpables son las gasas de oro que flotan en la imaginación (...) ¿Cómo la palabra, cómo un idioma grosero y mezquino, insuficiente a veces para expresar las necesidades de la materia, podrá servir de digno intérprete entre dos almas?” La primera de las rimas ya nos advierte de estas limitaciones de la palabra:

Yo sé un himno gigante y extraño  
que anuncia en la noche del alma una aurora,  
y estas páginas son de ese himno  
cadencias que el aire dilata en las sombras.

Yo quisiera escribirle, del hombre  
domando el rebelde, mezquino idioma,  
con palabras que fuesen a un tiempo  
suspiros y risas, colores y notas.

Pero en vano es luchar; que no hay cifra  
capaz de encerrarle, y apenas, ¡oh, hermosa!,  
si teniendo en mis manos las tuyas  
pudiera, al oído, cantártelo a solas.

Hay que tener en cuenta, por tanto, y según nos anuncia el propio autor, que las *Rimas* no son ese himno ideal que él cree oír, inefable y sutil, en su interior. Bécquer define sus rimas como “cadencias de ese himno que el aire dilata en las sombras”. ¿Cómo interpretar esas palabras? Un eco, tal vez; un aire ligero que vagamente recuerda la melodía interior. Lo que no ofrece dudas para él es que todos sus esfuerzos, toda su voluntad de ser fiel a las peculiaridades de ese himno, se estrellarán en el tosco envoltorio de la palabra, pues “no hay cifra capaz de encerrarle”. La batalla está desde el inicio perdida; pero he aquí que al final aparece un elemento nuevo al que hasta entonces el poema no se había referido —una mujer— y una situación en la cual, rodeados de una intimidad sin testigos, favorecedora de un clima de confidencialidad entre él y esa hermosa mujer, algunos acordes sí podrían dar idea de la belleza del himno.

Es preciso detenerse porque estamos ya ante la realidad objetivada del poema y ante el momento decisivo de su recepción, es decir, el instante en que el Lector-Oyente aparece como el último elemento de los cuatro que integraban ese viaje iniciado en la Poesía. Hemos llegado al destino y nos encontramos en la meta de todo el proceso. Por de pronto, conviene que el Poeta sepa cuáles son los límites del lenguaje, para que así no pretenda que el Poema insista en ser lo que de ningún modo logrará ser. El camino del Poema que Bécquer pretende explorar no es el del lenguaje exuberante, retórico, adornado de todo tipo de recursos que traten de que, a base de sumar palabras, lo que no se pudo alcanzar en calidad y precisión sea sustituido por la cantidad y una cierta ostentación verbal. El camino que abre Bécquer es justo el contrario, y en otro célebre fragmento, esta vez perteneciente a la reseña crítica que realizó al libro de poemas de su amigo Augusto Ferrán titulado *La soledad*, y que más tarde se convertiría en su prólogo, Bécquer lo expresa con meridiana claridad:

“Hay una poesía magnífica y sonora; una poesía hija de la meditación y el arte, que se engalana con todas las pompas de la lengua, que se mueve con una cadenciosa majestad, habla a la imaginación, completa sus cuadros y la conduce a su antojo por un sendero desconocido, seduciéndola con su armonía y su hermosura.

Hay otra natural, breve, seca, que brota del alma como una chispa eléctrica, que hiere el sentimiento con una palabra y huye, y desnuda de artificio, desembarazada dentro de una forma libre, despierta, con una que las toca, las mil ideas que duermen en el océano sin fondo de la fantasía.

La primera tiene un valor dado: es la poesía de todo el mundo.

La segunda carece de medida absoluta: adquiere las proporciones de la imaginación que impresiona: puede llamarse la poesía de los poetas”.

Por supuesto que el segundo de esos modelos de poesía es el que representa Bécquer, una poesía que brota del alma, desnuda de artificio y capaz de despertar mil ideas en el fondo de la fantasía de quien la lee, gracias a su capacidad de sugerir: “Algo que, en un principio, fue sentimiento se convierte en recuerdo, después en sueño y por último en verso, en palabra de sugestión”, dice Guillén. Y, en efecto, el arte de la poesía para Bécquer es el arte de sugerir mediante la palabra, y su destino es la intimidad del lector, donde la poesía al fin florece y se expande, pues, como el mismo poeta añade, esta poesía “adquiere las proporciones de la imaginación que impresiona”, es decir, la del lector que a ella se acerca. Ahí es donde termina de abrirse, y es el lector en la intimidad de su conciencia quien otorga al poema su último sentido. A nosotros nos corresponde conceder ese tiempo que la poesía solicita para desplegar todas sus posibilidades y en nosotros concluye la creación del poema, porque formamos parte como lectores de la experiencia poética que el poeta nos propone.